

## Quien vende un porvenir, que primero hable de su pasado

Alfredo Acle Tomasini©

Es difícil pensar que desde el 2 de julio, AMLO y el PRD hayan sumado un adherente más. Por el contrario, la pérdida de adeptos ha sido costosa en la medida que sus acciones han afectado, sin distingo político o económico alguno, la vida y el bolsillo de miles de personas. Peor aun cuando, por un lado, dice luchar por la legalidad, por el otro, no sólo viola derechos constitucionales básicos, como son el de libre tránsito y el de trabajar, sino los reglamentos que él mismo estableció.

Esta pérdida de simpatizantes, habrá de alcanzar un hito importante cuando el Tribunal califique la elección, y el PRD deba definir una postura y asumir las consecuencias; ¿seguirá apoyando a AMLO para revertir una decisión inatacable o establecerá una estrategia para capitalizar los espacios que conquistó en el Congreso? ¿Continuará cuestionando que, como una muchedumbre de doctores Jeckyl y señores Hyde, los ciudadanos que contaron honradamente los votos para senadores y diputados, se transformaron en delinquentes electorales cuando les tocó computar los de presidente?

Ante este panorama, se han publicado artículos y cartas donde unos se arrepienten por su voto a favor de AMLO, otros le dicen hasta aquí te acompañé y algunos le han confirmado su adhesión, aun cuando critican sus acciones.

Pese a lo distinto de sus significados, estos gestos tienen dos puntos en común: el primero, es que provienen de personas informadas, cultas y bien intencionadas. El segundo es que afirman que su apoyo a López Obrador obedeció a sus planteamientos de orden social, como ingenua lo expresó Dresser: "(Él) ofrecía la oportunidad para sacudir las cosas; para nivelar el terreno de juego; para pensar en cómo construir un país más justo y menos rapaz."

Pero el legado que nos deja el gobierno saliente del Distrito Federal no nos habla ni de un terreno nivelado, ni de una ciudad más justa y libre de rapaces. Por el contrario, con preocupación hemos atestiguado cómo las reformas que nos permitieron elegir al jefe de Gobierno y a los legisladores se han pervertido, y hoy tenemos, sin exagerar, un Estado totalitario, porque los poderes Ejecutivo y Legislativo están al servicio de un partido, y no de los ciudadanos. La opacidad en la rendición de cuentas y el estado de indefensión de la ciudadanía frente a los plantones son evidencias fehacientes de esto.

A esta estructura partido/gobierno parecen haberse integrado orgánicamente una serie de grupos informales -ambulantes y taxis pirata, entre otros-, más algunos con intereses económicos, que sirven como: clientela política, músculo para la movilización y, lo más delicado, como fuentes de financiamiento. Por ello, para el ciudadano lo preocupante no es sólo la imposibilidad real de que se resuelvan los problemas asociados a dichos grupos y sus prebendas, sino las consecuencias que le acarrearán la lucha por su control, una vez que ocurra el inevitable rompimiento de Ebrard con López Obrador.

Establecer programas sociales no es suficiente para definir a ningún gobierno como de izquierda. Difícilmente, un perredista llamaría así a Salinas por haber implantado Solidaridad, como tampoco el subsidio a los ancianos, las ayudas a madres solteras y útiles escolares alcanzan para llamar izquierdista a AMLO.

Menos aún cuando dichos programas no cumplen con el mínimo estándar técnico, pues no se basan en el poder adquisitivo de las personas, sino en simples requisitos demográficos como son edad y tiempo de residencia. Mientras que con las madres solteras, no se entiende por qué responsabilizar a la sociedad de las consecuencias de un acto que entre dos personas se realizó voluntariamente.

Por eso, sólo un ingenuo puede pensar que el diseño y operación de estos apoyos se hizo con la más absoluta neutralidad política. Quizá por eso el padrón es un misterio. No se entiende cómo un gobierno de "izquierda" gastó miles de millones en obras para la circulación de la minoría que posee automóvil, y que además genera la mayor cantidad de contaminantes en perjuicio de la mayoría. Menos se comprenden las críticas a "los de arriba", cuando con ellos se paseaba orgulloso en el Centro Histórico y encendía los focos de los viejos edificios recién remodelados.

Quien promete justicia es porque cree en las leyes; quien se dice demócrata es porque respeta las instituciones y sus resoluciones; quien exige transparencia es porque la ha garantizado; quien vende un porvenir, que primero hable de su pasado.